

**«Noli me tangere»**  
(Jn.20,17)

*P. Lic. José A. Marcone, IVE*

Una de las frases místicas más hermosas de los evangelios es ésta: «No quieras tocarme porque todavía no he subido al Padre» (Jn.20,17). La Vulgata vierte así: «Noli me tangere nondum enim ascendi ad Patrem meum».

Si la consideramos superficialmente nos puede parecer todo lo contrario de una expresión mística, todo lo contrario de una expresión que busca manifestar un amor que tiende a la unión total, la unión matrimonial. Más bien nos parecería que Jesús está rechazando toda manifestación de afecto de parte de aquella que ha dado todo por Él. Incluso nos puede parecer dura. Pareciera que Jesús se hace inaccesible al afecto de los hombres. Pareciera poner una barrera entre Él y los hombres; pareciera que se siente horrorizado ante la posibilidad de quedar contaminado por el contacto con un ser humano. Podría también interpretarse como un absceso de misoginia que no quiere que una mujer ni siquiera lo toque. Incluso podría dar la sensación de que la resurrección lo ha alejado definitivamente de nosotros y nunca más podremos tener con Él un contacto cercano y, mucho menos, íntimo.

Sin embargo es una frase preñada de anhelos de amor unitivo. La clave del «noli me tangere» es la frase que sigue: «porque todavía no he subido al Padre».

Pareciera un contrasentido. María Magdalena podría haber dicho: «¿Qué razón es esta que me das? Si ahora que te veo y te tengo al alcance de mi mano no dejas que te toque, ¿cómo voy a tocarte cuando hayas subido al Padre?».

Los caminos de Dios son mucho más altos que los caminos de los hombres. La frase de Jesús efectivamente, como María Magdalena pudo haberlo barruntado, quería decir: «No quieras tocarme ahora, porque el contacto que tú puedes tener conmigo ahora es sumamente superficial; apenas el roce de tus labios en la piel de mis pies, como has estado acostumbrada a hacer siempre. Pero cuando yo haya subido al Padre y no esté ya presente corporalmente a tus ojos, entonces el contacto entre tú y yo será tan intenso que nos compenetraremos el uno con el otro, y ya no será posible distinguir entre tú y yo, entre María Magdalena y Cristo. A tal punto te unirás a mí que serás más Cristo que María Magdalena».

¿Y cuál es la razón de esta maravilla? «Porque subo al Padre» (Jn.14,12). ¿Y cuál es la razón para que esta maravilla *no* se verifique? «Porque todavía no he subido al Padre» (Jn.20,17). Jesús, al subir al Padre, sustrae totalmente su presencia corporal a nuestros ojos. Queda totalmente fuera del alcance de nuestras manos. Sin embargo, es una gran verdad la expresada por Jesús: «Les conviene que yo me vaya» (Jn.16,7). ¿Cómo puede ser conveniente que Jesús se aleje de nosotros si todo nuestro anhelo es estar con Él y unirnos indisolublemente con Él? «Porque si no me voy no os enviaré mi Espíritu, pero si me voy os lo enviaré, y Él os conducirá a la verdad completa» (Jn.16,7.13) Y se podría agregar: «Nos conducirá a la verdad completa y a la *unión completa*».

Toda la conveniencia de que Jesús se vaya, toda la riqueza de la subida de Jesús al Padre está en que nos enviará el Espíritu Santo. Y si no se va no puede enviárnoslo. La presencia del Espíritu Santo en nuestras almas requiere la ausencia corporal de Jesús ante nuestros ojos.

¿Por qué es necesaria la ausencia de Cristo como condición para que venga el Espíritu Santo? Porque la principal labor del Espíritu Santo es la de hacer presente en el alma al Cristo místi-

## «NOLI ME TANGERE»

co, cosa que no es posible si Cristo permanece corporalmente ante nuestros ojos. Dado que el Espíritu Santo tiene como función crear al Cristo místico en nuestras almas, es necesario que el Cristo «corporal» desaparezca de ante nuestros ojos, suba al Padre. Si Cristo permanece corporalmente ante nuestros ojos no tiene sentido que venga el Espíritu Santo, porque no podrá cumplir con su labor esencial: crear al Cristo místico en nosotros y unirnos a Él.

Después del Pentecostés cristiano, por el Bautismo y la Confirmación llega al alma el Espíritu Santo y hace presente realmente a Cristo en el alma del que está en gracia, y la Eucaristía alimenta esa presencia. Poco a poco el Espíritu Santo, en la medida en que el alma sea dócil a Él, va fortaleciendo la presencia de Cristo en el alma y ahondando la unión del alma con Cristo. El Espíritu Santo guía las purificaciones del alma, la noche del sentido y la noche del espíritu, y lleva a feliz término la unión matrimonial entre el alma y Cristo.

El alma, en su más profundo centro, se desposa en matrimonio espiritual con Cristo. El alma se compenetra con Cristo de tal manera que ya no se distingue cuál es el alma y cuál es Cristo, al igual que una brasa al rojo vivo, en la que ya no se puede distinguir lo que es madera de lo que es fuego. Y así como en una brasa al rojo vivo la madera se ha tornado más fuego que madera, así también en la unión mística el alma es más Cristo que alma. La unión plena se consuma. Cristo asimila a Sí al alma y el alma se convierte en Cristo.

Todo esto se produce por obra del Espíritu Santo que actúa directamente sobre el alma, sobre todo soplando en el Don de Sabiduría. Es el Espíritu Santo quien inicia y lleva a su consumación la unión matrimonial entre el alma y Cristo.

Por todo esto es que el «noli me tangere» tiene ecos gozosísimos. El «noli me tangere» quiere decir: «No me toques ahora, no quieras tocarme, porque todavía no se han realizado las bodas

místicas entre tú y Yo. No adelantemos el gozoso momento en que tú y Yo seremos uno. Respetemos los tiempos del Padre. Yo también muero de ansias de unirme a ti, me muero de deseos de que se realice nuestro matrimonio, me muero de anhelos de llegar a las bodas místicas contigo. Pero nuestro abrazo hoy aquí sería demasiado superficial y no satisfaría el centro más profundo de nuestras almas. Yo tengo que subir al Padre y cuando haya subido al Padre te enviaré el Espíritu Santo, que me introducirá a Mí en lo más profundo de tu alma. Entonces nos daremos el abrazo que deseamos darnos ahora. En la más absoluta soledad, en el más profundo silencio, en el más profundo centro de nuestras almas, nos uniremos en un abrazo amoroso. Pero ese abrazo no será como el abrazo que pudiéramos darnos ahora, un abrazo que iría apenas un poco más allá de la sensibilidad. El abrazo que nos daremos entonces, cuando yo haya subido al Padre y te haya enviado el Espíritu Santo, será un abrazo que nos unirá tan intensamente que nos compenetraremos el uno en el otro. Ya no se pondrá distinguir entre tú y Yo. Y de tal manera te atraeré a Mí y te uniré a Mí, que tú te convertirás en Mí y serás más Yo que tú misma. En pocas palabras: la alegría que encuentra el marido con su esposa, la encontraré Yo, tu Dios, contigo (cf. Is.62,5). Y este abrazo será eterno. Cuando venga la eternidad a buscarte, te encontrará abrazada conmigo».

Este diálogo que se realizó entre María Magdalena y Jesús en el sepulcro apenas Jesús resucitado, se verificó punto por punto durante la vida de María Magdalena. Jesús subió al cielo y desapareció de su vista corporal. Luego envió el Espíritu Santo en Pentecostés, donde estaban reunidos los Doce «junto con algunas mujeres» (Hech.1,12); entre esas mujeres estaba María Magdalena. El Espíritu Santo purificó su alma con la noche del sentido y la noche del espíritu, y la unió indisolublemente a Jesús. El Espíritu Santo realizó el matrimonio místico entre María Magdalena y Jesús.

## «NOLI ME TANGERE»

Esto que sucedió con María Magdalena sucede con toda alma que es invitada y admitida a la celda del vino, a la bodega secreta, es decir, a la divina unión, al matrimonio místico con Cristo. Aún más, sucede con todas las almas que buscan con sinceridad purificarse con el deseo intenso de llegar a la unión plena con Jesús.

Todas las almas que buscan con ansia la perfección han tenido su «noli me tangere». Cada vez que el alma ha buscado las consolaciones de Dios y no al Dios de la consolación, ha sentido que Cristo le dijo: «Noli me tangere, todavía no he subido al Padre». «Todavía no he subido al Padre», es decir, todavía no me miras según el Espíritu Santo y no comprendes el nuevo estado de mi cuerpo resucitado. Todavía no has recibido el Espíritu Santo y me miras carnalmente. Todavía no me miras con el Espíritu Santo y según el Espíritu Santo. Todavía el Espíritu Santo no ha realizado las purificaciones profundas de tu alma, y por eso «noli me tangere». Pero llegará el momento, si tu perseveras, en que ya no te diré «noli me tangere» sino que te diré: «Ven, novia mía, ven del Líbano» (Cant.4,8). Y todas las expresiones que el Espíritu Santo ha inspirado en el Cantar de los Cantares te las diré también a ti. Entonces tú te acercarás con gran confianza y no sólo me abrazarás sino que además me consumirás uniéndote a Mí en la Eucaristía. Ya no será «noli me tangere» sino «consumímeme completamente».

### **Noli me tangere**

No quieras tocarme, mi amada,  
Esperemos del Espíritu el tiempo,  
Cuando Yo en ti pueda estar, nuevo,  
Y tú puedas recibirme, espiritualizada.

Ahora no comprenderías  
Lo que significa abrazarme y besarme;

## DIÁLOGO 68

Lo comprenderás más tarde,  
Cuando del Espíritu lleguen los días.

Pero ciertamente que nos uniremos  
En hondo abrazo de amor,  
Mis ansias y mis anhelos son inmensos,

Seremos uno solo los dos,  
Serán purísimos nuestros besos,  
Será un matrimonio de amor.